

# Christopher Moore



## LA ISLA DE LA MONJA DEL AMOR

Delirante, como sólo puede serlo Moore

minotauro

CHRISTOPHER MOORE

La isla de la monja  
del amor

minotauro

## EL ÁRBOL DEL CANÍBAL

Al despertar, Tucker Case se encontró colgado de un árbol del pan por una cuerda de fibras de coco. Estaba suspendido boca abajo, a unos dos metros del suelo de arena, en una especie de arnés, con las manos y los pies atados delante de él. Podía ver una playa de arena blanca salpicada de cocoteros, una fogata hecha de cáscaras de coco, una choza de hojas de palmera y una vereda blanca formada por fragmentos de coral que se adentraba en la jungla. Y para completar este panorama, el rostro sonriente y moreno de un viejo nativo.

El nativo levantó una mano parecida a una garra y tocó con un dedo la mejilla de Tucker.

Tucker gritó.

–Mmmm –dijo el nativo.

–¿Quién es usted? –preguntó Tucker–. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi navegante?

El nativo se limitó a sonreír. Tenía los ojos amarillos, una maraña de rizos y plumas de ave a modo de cabellera y una dentadura de piezas negras y afiladas. Parecía un esqueleto de tripa prominente y tapizado de cuero en mal estado. Su pellejo estaba decorado con cicatrices hinchadas y rosadas; sobre su pecho, una serie de pequeños cortes dibujaban la forma de un tiburón. La única vestimenta que llevaba era un taparrabos hecho con fibras vegetales de algún tipo. De la cuerda que lo sujetaba alrededor de su cintura pendía un machete de aspecto letal. El nativo le dio a Tucker unas palmaditas en la mejilla con una mano cenicienta y cubierta de callos y luego se volvió y se alejó dejándolo allí colgado.

–¡Espera! –gritó Tucker–. Déjame bajar. Tengo dinero. Puedo pagarte.

El nativo se alejó por la vereda sin mirar atrás. Tucker se debatió tratando de zafarse del arnés, pero lo único que consiguió fue que su cuerpo empezase a girar lentamente sobre

sí mismo. Al hacerlo, vio por un momento al navegante, colgado a poca distancia de él, inconsciente.

—Eh, ¿estás vivo?

El copiloto permaneció inmóvil, pero Tucker vio que aún respiraba.

—¡Eh, Kimi, despierta!

De nuevo en vano.

Trató de romper las cuerdas que le sujetaban las muñecas, pero lo único que consiguió fue que los nudos se apretaran más. Al cabo de unos minutos decidió desistir, exhausto. Dejó de luchar y miró a su alrededor, en busca de cualquier cosa que pudiese otorgar sentido a aquella insólita escena. ¿Por qué lo habían colgado de un árbol?

Algo se movió en la periferia de su campo de visión y, al volverse, vio que un cangrejo marrón de gran tamaño se debatía al final de una cuerda atada a una rama cercana. Ahí tenía su respuesta: los habían colgado de un árbol, igual que al cangrejo, para que se mantuviesen frescos hasta que estuvieran listos para devorarlos.

Tucker se estremeció al imaginar que los dientes negros del nativo se cerraban sobre su piel. Trató de idear algún modo de escapar antes de que regresara el nativo, pero su mente no dejaba de zambullirse en un mar de arrepentimientos y especulaciones, tratando de dar con el momento exacto en el que su vida se había puesto patas arriba y lo había dejado colgado del árbol de aquel caníbal.

Como casi todas las veces en que su vida se había extraviado, todo había empezado en un bar.

El Holiday Inn del aeropuerto de Seattle era todo verde camuflaje, pasamanos de bronce y barniz de color roble. Si le quitabas la barra, parecía el departamento de caballeros de Macy's. A la una de la madrugada la camarera, una recia hispana de mediana edad, estaba sacándole brillo a los vasos mientras esperaba a que terminasen sus tres últimos clientes para poder irse a casa. A un extremo de la barra se sentaba una joven con minifalda y demasiado maquillaje, sola. Varios asientos más allá se encontraba Tucker Case junto con un hombre de negocios.

—Lemmings —dijo el hombre de negocios.

—¿Lemmings? —preguntó Tucker.

Estaban borrachos. El hombre de negocios era de constitución gruesa, tenía casi sesenta años y llevaba un traje de co-

lor gris carbón. Su nariz y sus mejillas estaban surcadas de capilares rotos de color rojizo.

–La mayoría de las personas son lemmings –continuó el hombre de negocios–. Por eso fracasan. Se comportan como roedores suicidas.

–Pero tú eres un roedor de mayor categoría, ¿verdad? –dijo Tucker Case con una sonrisilla de suficiencia.

Tenía treinta años, casi metro ochenta, una cabellera rubia peinada con extrema pulcritud y ojos azules. Llevaba unos pantalones azul marino, zapatillas de deporte y una camisa blanca de hombreras azules y doradas. Su gorra de capitán descansaba sobre la barra, junto a un gin-tonic. Estaba más interesado en la chica del final de la barra que en la conversación del hombre de negocios, pero no sabía cómo proceder sin parecer maleducado.

–No, pero al menos he conseguido comportarme como un lemming sólo en mis relaciones personales. Tres esposas. –El hombre de negocios agitó una varilla de cóctel bajo la nariz de Tucker–. En Estados Unidos, para tener éxito no se requiere ningún tipo de talento o esfuerzo especial. Sólo hace falta ser insistente y no cagarla. Por eso fracasa la mayoría. No soportan la presión de conseguir lo que quieren, así que cuando ven que se están acercando, se las ingenian para meter la pata de alguna manera y no lograrlo.

La perorata sobre los lemmings empezaba a incomodar a Tucker. Llevaba cuatro años fabulosos, en los que había pasado de trabajar como camarero a pilotar reactores privados. Así que dijo:

–Puede que algunas personas, simplemente, no sepan lo que quieren. Puede que sólo parezcan lemmings.

–Todo el mundo sabe lo que quiere. Tú también, ¿no?

–Pues claro –asintió Tucker.

Lo que quería en aquel momento era terminar con aquella conversación para presentarse a la chica del final de la barra antes de que cerraran el bar. Llevaba los últimos cinco minutos mirándolo.

–¿El qué? –El hombre de negocios quería una respuesta. Aguardó.

–Seguir con lo que hago, simplemente. Soy feliz.

El hombre de negocios movió la cabeza con incredulidad.

–Lo siento, hijo, pero no me lo trago. Te vas a despeñar por el acantilado, como el resto de lemmings.

–Deberías dedicarte a dar cursos de motivación –replicó Tucker con su atención centrada en la chica, que acababa de levantarse y, tras dejar algo de dinero sobre la barra, había cogido el tabaco y se lo había guardado en el bolso.

–Yo sí que sé lo que quiero –dijo ella.

El hombre de negocios se volvió y le obsequió su mejor sonrisa de paternal acosador.

–¿Y de qué se trata, cielo?

La muchacha se acercó a Tucker y le pegó los senos al hombro. Tenía una melena castaña y rizada que le caía sobre los hombros, ojos azules y una nariz que, aunque un poco aguileña, tampoco resultaba horrible. De cerca no parecía tener la edad suficiente para beber alcohol. La gruesa capa de maquillaje que llevaba la envejecía desde la distancia. Miró al hombre de negocios directamente a los ojos, como si no reparase en la presencia de Tucker, y le dijo:

–Quiero saber lo que se siente al follar a cinco mil pies de altitud y quiero que sea esta noche. ¿Puedes ayudarme?

El hombre de negocios miró la gorra de Tucker sobre la barra y a continuación a la chica. Lentamente, con aire derrotado, negó con la cabeza.

La muchacha se apretó aún más contra el hombro de Tucker.

–¿Y tú?

Tucker sonrió al hombre de negocios y se encogió de hombros a modo de disculpa.

–Yo sólo quiero seguir con lo que hago, nada más.

La chica se puso su gorra de piloto y tiró de él en dirección contraria a la barra. Tucker metió una mano en el bolsillo para buscar dinero mientras ella lo arrastraba hacia la salida.

El hombre de negocios levantó una mano.

–No, las copas corren de mi cuenta, hijo. Pero recuerda lo que te he dicho.

–Gracias –respondió Tuck.

Fuera, en el vestíbulo, la chica se presentó:

–Me llamo Meadow.

Caminaba con la mirada clavada en el suelo, dando firmes y marciales zancadas, como si estuviera llevándolo en una misión antiterrorista y no seduciéndolo.

–Qué nombre más bonito –dijo Tucker–. Yo me llamo Tucker Case. Me llaman Tuck.

Ella seguía sin levantar la mirada.

–¿Tienes un avión, Tuck?

–Tengo acceso a uno. –Sonrió.

Era fabuloso. ¡Fabuloso!

–Bien. Si me ayudas a conseguir lo que quiero esta noche, no te cobraré. Siempre he querido hacerlo en un avión.

Tucker se detuvo.

–Eres una... O sea, lo haces por...

Ella se detuvo y lo miró a los ojos por vez primera.

–Eres un poco raro, ¿no?

–Gracias. Yo también te encuentro increíblemente atractiva.

–De hecho, así era.

–No, eres atractivo. Es decir, tienes buena planta. Pero pensé que un piloto tendría algo más de sangre en las venas.

–Vaya. ¿Esto es algún rollo en plan dominación, humillación, cadenas y tal?

–No, eso lo cobro aparte. Sólo era por darte conversación.

–Ah, ya veo. –Comenzaba a albergar dudas.

Por la mañana tenía que volar hasta Houston y no le vendría mal dormir un poco. Sin embargo, aquella podía ser una historia fantástica para contarla a los chicos del hangar... si omitía la parte de los lemmings y el pequeño detalle de que ella era una prostituta. Aunque también podía contarles la historia sin necesidad de que pasara nada, ¿no?

–Quizá no debería volar –dijo–. Estoy un poco borracho.

–Entonces no te importará que vuelva al bar a por tu amigo, ¿verdad? Ya que estoy, al menos puedo ganarme unos pavos.

–Podría ser peligroso.

–De eso se trata, ¿no? –Sonrió.

–No, me refiero a peligroso de verdad.

–Tengo condones.

Tucker se encogió de hombros.

–Iré a por un taxi.

Diez minutos después caminaban por el asfalto mojado en dirección a un grupo de reactores de empresa.

–¡Es rosa!

–Sí, ¿y?

–¿Vuelas en un avión rosa?

Mientras abría la compuerta y bajaba los escalones, Tuck comenzó a tener la desagradable sensación de que tal vez el hombre de negocios del bar estuviese en lo cierto.

CREÍ QUE EL VUELO ERA SÓLO  
PARA NO FUMADORES

La mayoría de reactores (sobre todo aquellos que no deben preocuparse por el peso de los pasajeros o el combustible) poseen una razonable capacidad de planeo, lo que les permite aterrizar con los motores apagados. Pero Tucker ha cometido un error de cálculo, debido a la acumulación de siete gintonics y a la presencia de Meadow, montada a horcajadas sobre él. Se le ocurre que tal vez debería haber dicho algo la primera vez que se encendió el piloto del combustible, pero Meadow acababa de montarse y no quería parecer un grosero. Ahora, la trayectoria de descenso del avión es demasiado brusca y la pista de aterrizaje parece demasiado lejana. Arquea el cuerpo hacia atrás para tirar de la palanca con todas sus fuerzas, cosa que Meadow confunde con una demostración de entusiasmo.

El Gulfstream rosa de Tucker irrumpe un poco bajo en SeaTac y destroza el tren de aterrizaje trasero contra una antena de radar un segundo antes de entrar en contacto con la pista con un impacto que lanza a Meadow por encima del timón y contra el parabrisas. El golpe la deja inconsciente sobre el panel de instrumentos. Los flaps se abren –como un flamenco agonizante que tratara de escapar de un pozo de brea– y las alas se desgarran enteras entre chillidos de chispas, llamas y humo negro. Los fragmentos se alejan de ellos dando vueltas en el aire antes de hacerse mil pedazos contra la pista.

Tucker, prisionero en el asiento del piloto, exhala un grito prolongado que consigue desterrar de su cabeza el estruendo del metal desgarrado.

El Gulfstream de alas cercenadas se desliza por la pista como un trineo infernal, dejando tras de sí un reguero de humo grasiento y confeti de aluminio. Los bomberos y enfermeros suben a sus vehículos y salen a la pista tras él. En un



momento de frialdad analítica, uno de los bomberos se vuelve hacia su compañero y dice:

–No hay casi fuego. Debía de llevar el depósito vacío.

Tucker ve acercarse el final de la pista, con sus equipos de antenas, las brillantes luces azules, la valla de rejilla metálica y un campo tapizado de hierba donde lo que queda del Gulfstream se convertirá en metralla de color rosa. Al darse cuenta de que está asistiendo a su propia muerte, decide cumplir con la normativa de la FAA y deja registradas sus últimas palabras en la caja negra:

–¡Oh, mierda!

Entonces, como si alguien hubiera pulsado un botón de pausa cósmico, se hace el silencio en la cabina. El movimiento cesa. Una voz masculina pregunta:

–¿Es así como quieres irte?

Tucker se vuelve hacia la voz. Hay un hombre con un traje de piloto de color gris sentado en el asiento del copiloto, esperando una respuesta. Aunque están sentados cara a cara, Tucker, por alguna razón, no consigue verle el rostro.

–¿Y bien?

–No –responde Tucker.

–Tendrás que pagar por ello –dice el piloto.

Y entonces desaparece. El asiento del copiloto vuelve a estar vacío y el rugido del metal torturado invade de nuevo la cabina.

Antes de que Tucker tenga tiempo de componer la frase «Pero ¿qué coño...?» en su cabeza, el reactor sin alas embiste las antenas, las brillantes luces azules y la valla metálica, y sale al campo, empapado después de treinta días consecutivos de lluvia sobre Seattle. El barro acaricia el fuselaje, extingue las llamas y las chispas, se adhiere al reactor y lo va frenando hasta que éste se detiene, humeante. Tuck oye el crujido que emite el metal al aposentarse y las sirenas y deja de oír el pitido de la alarma por los cinturones desabrochados.

«Bienvenidos al aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma. Son las 2.00 de la madrugada, hora local. La temperatura exterior es de dieciséis grados. Hay una furcia medio inconsciente que no para de gimotear a sus pies.»

El humo negro que emiten los cables quemados y el fluido hidráulico vaporizado inunda la cabina. La primea inhalación le quema a Tucker la tráquea como un lingotazo de desatascador y comprende que una segunda podría matarlo. Se quita el cinturón de seguridad y, en la oscuridad, busca a

tientas el cuerpo de Meadow. Encuentra la camisa de encaje y, al tirar de ella, se queda con sus jirones entre los dedos. Se levanta, se inclina, le rodea la cintura con un brazo y la levanta. No pesa mucho, puede que unos cincuenta kilos, pero Tucker se ha olvidado de subirse los pantalones y los calzoncillos Jockey, que se le enredan en los tobillos. Trastabilla y cae de bruces sobre la consola de control que separa el asiento del piloto y el del copiloto. En medio de los instrumentos sobresale la palanca de los flaps, una barra de acero de treinta centímetros coronada por un cabezal de plástico con forma de punta de flecha. La punta entra en contacto con la parte trasera del escroto de Tuck. Su propio peso, combinado con el de Meadow, presiona sobre la palanca, que desgarrar el escroto, atraviesa el pene de arriba abajo y sale por el otro lado en medio de un chorro de sangre.

No hay palabras para describir el dolor que siente. No hay aliento ni pensamiento. Sólo un ruido ensordecedor de color blanco y rojo. Siente que pierde el conocimiento y recibe la inconsciencia con gratitud. Suelta a Meadow, pero ella está lo bastante consciente como para agarrarse a su cuello y al caer lo arrastra lejos de la palanca, que vuelve a desgarrarle la carne.

Sin saber cómo, Tucker se encuentra en pie y vuelve a inhalar. Le arden los pulmones. Tiene que salir. Rodea a Meadow con un brazo y atraviesa arrastrándola el metro que los separa de la escotilla. Baja la palanca y la compuerta desciende por su propio peso hasta la mitad de su recorrido. Está diseñada para hacer las veces de escalerilla, pero cuando el avión descansa en la pista sobre su tren de aterrizaje. Unas manos enguantadas penetran por la abertura y comienzan a tirar de ella.

—Vamos a sacarlos de ahí —dice un bombero.

La escotilla cede y termina de abrirse con un chirrido. Tuck ve unas luces de emergencia parpadeantes que tiñen de luz azul y roja las gotas de lluvia contra un cielo negro. Es como si estuviera lloviendo fuego. Inhala una solitaria bocanada de aire fresco.

—Me he arrancado la polla —dice, y cae de bruces.